

de que no están JUAN y LAURA. *Toma a PEDRO por la solapa del traje, tratando de despertarle.*)

ALFONSO.—¡Pedro! ¡Pedro! ¿Qué nos ocurre? ¿Qué nos acaba de ocurrir?

PEDRO.—*(Mira a su alrededor, todavía con miedo.)* No sé. Algo se ha movido... o ha estado a punto de moverse. Estamos flotando en el espacio... Es terrible.

ALFONSO.—¡Estamos solos! ¡Puede que Laura esté en peligro! *(Se dirige a INÉS.)* ¡Inés! ¿Adónde han ido? ¿Tú lo sabes?

INÉS.—*(Todavía turbada.)* No.

PEDRO.—*(No se mueve. Escucha. No se oye nada en la noche. Dice al fin:)* Puede que no suceda nada... porque no haya nada que matar.

INÉS.—¡Quieres decir que... una aparición!

PEDRO.—*(Murmura.)* No exactamente.

INÉS.—¿Entonces?

PEDRO.—No lo sé todavía, pero me parece... como si algo se hubiera movido... y Laura no estuviera ya.

INÉS.—*(Con escalofrío.)* Qué horror.

ALFONSO.—*(Excucha.)* ¿Y Juan?

PEDRO.—La estará buscando. Pero es inútil. *(Se oye a lo lejos un grito de angustia: "¡Socorro! ¡Socorro!" Es la voz de LAURA.)*

PEDRO.—¡Es ella!

ALFONSO.—¡Sí! ¡La están matando! *(Salen los dos hombres. INÉS queda paralizada. Retrocede. La puerta está abierta, como una amenaza. Un silencio. Vuelve ALFONSO.)*

INÉS.—Qué.

ALFONSO.—Es muy extraño.

INÉS.—¿Qué sucede?

ALFONSO.—No..., no hay nadie. Ni una huella. Laura ha desaparecido.

INÉS.—¿Y en la nieve?

ALFONSO.—Nada. No ha pasado nadie. Parece como si

Laura hubiera volado. *(Se sienta a la lumbre. La remueve. Vuelven JUAN y PEDRO sombríos. JUAN se apoya, pensativo, en la chimenea. Da golpecitos con el pie en el suelo. INÉS retoca su maquillaje. PEDRO mira hacia la escalera. Se pone a sonar, automáticamente, el disco de la vieja melodía que que terminó el primer cuadro. ALFONSO se da cuenta, de pronto, de que está sonando el disco. Dice:)* Está sonando "todavía".

INÉS.—¿Cómo todavía?

ALFONSO.—Lo ha puesto Pedro. Ha dicho: "Voy a poner un poco de música." Es un disco que dura dos minutos, "y todavía está sonando".

INÉS.—Lo paró Laura. Ahora ha vuelto a sonar de pronto. No sé cómo habrá sido.

PEDRO.—Laura no pudo pararlo, porque Laura..., Laura no ha estado aquí.

ALFONSO.—*(Consulta el reloj.)* O si hemos estado con ella, que no lo sé, hemos regresado al futuro... En dos minutos, todo... Tú, Inés, no has terminado aún de retocar tu maquillaje... Pedro sigue mirando a la escalera... Espera a Laura, pero Laura no aparece... Juan sigue golpeando el suelo, pensativo, triste... Y yo no me he olvidado aún del hombre..., de la cara que he visto al otro lado de la ventana.

PEDRO.—*(Se pasa una mano por los ojos.)* Ha sido todo muy extraño.

INÉS.—Sí.

PEDRO.—Quizá..., quizá debiéramos irnos ya a casa, Inés.

INÉS.—Sí, Pedro. Estoy muy cansada, ¿sabes?, muy nerviosa. Vamos a casa.

PEDRO.—A ver si vienen los taxis.

ALFONSO.—¿Qué taxis?

PEDRO.—Los que he pedido por teléfono.

ALFONSO.—No creo que hayas pedido ningún taxi por teléfono.

PEDRO.—Es verdad. O si los he pedido, los he pedido en otro tiempo. Dios sabe por dónde andarán ahora esos taxis ni si llegaremos a encontrarlos algún día.

INÉS.—Hay una estación de Metro cerca. Podemos ir andando.

PEDRO.—Tampoco estoy seguro de que nuestro coche no pueda salir de la calle.

INÉS.—Ahora lo veremos.

PEDRO.—Juan, nos vamos ya.

JUAN.—(*Parece muy fatigado.*) Adiós... Siento... (*Va a acompañarlos a la puerta.*)

INÉS.—No te molestes, Juan. Hasta mañana. Vamos a dormir y... mañana trataremos de pensar lo que ha ocurrido aquí. Buenas noches.

JUAN.—Buenas noches.

INÉS.—(*A ALFONSO.*) ¿Te vienes?

ALFONSO.—Me quedo un poco. Tengo curiosidad por ver si llegan... esos taxis de otro tiempo.

PEDRO.—Allá tú. Adiós.

ALFONSO.—Adiós. (*Salen INÉS y PEDRO. Un silencio. Juan se sienta junto a la chimenea. Abre un libro y parece medio adormilado, como si no se diera cuenta de la presencia de ALFONSO.*) Juan... (*JUAN levanta tristemente la cabeza.*) Ha sido... como una noche de magia. No sé cómo ha podido suceder.

JUAN.—¿Eso piensas?

ALFONSO.—Sí.

JUAN.—Yo no sé qué pensar.

ALFONSO.—(*Mueve la cabeza.*) Yo miro tu cara, ese gesto sombrío, esa arruga profunda en tu frente, y me doy cuenta de que Laura está realmente muerta. Todo... ha sido como una ilusión. A veces ocurre...

JUAN.—O es esta la ilusión; esta soledad.

ALFONSO.—No confíes en esta noche, Juan. Piensa más bien...

JUAN.—¿Qué debo pensar? ¿Tú lo sabes?

ALFONSO.—¡Piensa que Laura no va a volver! Vive... como si ahora nos hubiéramos despertado.

JUAN.—¡No va a volver! ¡Tú piensas que... nunca! (*ALFONSO no responde. Va a la ventana. Mira hacia afuera. Un silencio. Murmura.*)

ALFONSO.—Mira: ha dejado de nevar. El cielo parece que está claro... Puede que dentro de unas horas entre un poco de sol por esa ventana... y hasta tú mismo te despearás..., y ese mismo sol que te acariciará y te hará entornar los ojos..., ese mismo sol... iluminará la tumba de Laura..., ¡y entonces no habrá nada más real que su tumba..., y así será para siempre..., y esta noche de magia será como una rara pesadilla que trataremos de explicarnos!

JUAN.—(*Con la mirada un poco extraviada.*) Sin embargo..., la próxima Nochevieja podríamos... He pensado... Reunirnos todos otra vez..., como esta noche..., y llamarla...

ALFONSO.—(*Con terror.*) ¡No! ¡No, Juan! Verás... Mañana llevaremos unas flores a Laura. Allí, debajo de la niebla, está su cuerpo. Puede que haya un sol pálido..., y tú te darás cuenta de que Laura está muerta y de que nunca más volverá a bajar esta escalera, ni a sentarse en esa butaca, Juan, ni a mirar el crepúsculo (*¿te acuerdas de que solía hacerlo?*) desde la ventana.

JUAN.—(*Con lágrimas en los ojos.*) "Nunca más".

ALFONSO.—"Nunca más"..., como en el poema de Poe... ¿Te acuerdas? "El cuervo"..., ese horrible pájaro que nos anuncia que las cosas mueren y que "nunca más"... (*No termina la frase.*)

JUAN.—(*Parece recordar. Con emoción.*) "Una vez, en una melancólica medianoche..." "

ALFONSO.—Sí..., como esta... "Mientras débil, cansado, cavilaba..." Sigue...

JUAN.—"Claramente me acuerdo de que fue en el yerto diciembre... De que cada una de las moribundas acusas la-

braba su espectro en el suelo..." No recuerdo ahora... "Ansiosamente anhelaba el amanecer..."

ALFONSO.—¿Ves, Juan? Otros hombres han vivido esta noche. Hay compañeros... siempre.

JUAN.—¿Cómo era? No me acuerdo... "Vanamente había..."

ALFONSO.—No sé... "Vanamente había intentado... encontrar en mis libros una tregua al dolor..., al dolor por la muerte Leonora..., la muchacha que los ángeles llaman Leonora..., innominada aquí para siempre jamás..."

JUAN.—(Conmovido.) "¡Por ese Dios que los dos adoramos..., dile a esta alma de pesar agobiada... si en algún paraiso lejano... abrazará otra vez... a una bienaventurada muchacha... a quien los ángeles llaman Leonora...! Respondió el cuervo: "¡Nunca más!"

ALFONSO.—(Continúa con la mirada fija en un punto remoto.) "Y allí está posado el cuervo todavía..., precisamente sobre la puerta de mi habitación..."

JUAN.—(Cierra los ojos.) "Y sus ojos parecen los de un demonio que estuviera soñando..., y la luz de la lámpara proyecta su sombra en el suelo..., y mi alma..., y mi alma no se levantará ¡nunca más!" (Un silencio.)

ALFONSO.—Juan... (JUAN levanta la mirada hacia él.) Puede que seamos algo más que este tiempo que pasa. Quién sabe. (Le pone, cariñosamente, una mano en el hombro.) Adiós, Juan. Descansa. Mañana vendré a buscarte. Daremos un paseo. Charlaremos.

JUAN.—Te espero. Hasta mañana... Feliz año.

ALFONSO.—Feliz año, Juan. Buenas noches. (Sale ALFONSO. JUAN cierra la puerta. Se sienta. Abre el libro. Apenas lee. Queda como traspuesto. Llega LUISA.)

LUISA.—Señor.

JUAN.—(Se sobresalta.) ¿Es usted, Luisa? ¿Todavía no se ha acostado?

LUISA.—No, señor. He estado pensando en mis cosas, ya

sabe...! Dándoles vueltas y vueltas a las cosas... He leído un poco... Ahora estoy cansada... Le traigo el vaso de leche.

JUAN.—Gracias, Luisa.

LUISA.—¿Ya se marcharon?

JUAN.—Sí.

LUISA.—Me alegro de que no haya sucedido nada.

JUAN.—No..., nada, Luisa.

LUISA.—Al principio de la noche parecía como si fuera a suceder algo, pero por fortuna... (Trajina un poco en la mesa.) Ahora que lo recuerdo, ¿descubrieron ustedes el misterio? Me refiero a eso de que llegaran sus amigos diciendo que usted les había invitado. ¿Lo descubrieron?

JUAN.—Parece que los invité yo... hace un año. Entonces sí escribí una tarjeta, entonces sí llamé por teléfono.

LUISA.—¿Hace un año... y han venido esta noche?

JUAN.—O han venido hace un año. No sabemos.

LUISA.—Me está diciendo una broma, ¿verdad?

JUAN.—Claro, Luisa. (Saca un cigarrillo. Busca el encendedor. No lo encuentra en sus bolsillos...) ¿Dónde estará mi encendedor?

LUISA.—¿No lo encuentra? (Un silencio. LUISA lo busca sobre los muebles. Se detiene al oír la voz de JUAN.)

JUAN.—No..., y ahora que me doy cuenta es natural...: se lo ha llevado Laura... no sé adónde.

LUISA.—Pero ¿qué dice, señor? ¿La señorita Laura?

JUAN.—Sí. Se lo ha llevado. Pero ¿adónde? (Mira hacia arriba, como alucinado, como pidiendo fuego a alguien invisible, con el cigarrillo entre los dedos.) ¿Dónde puede estar? (Se fija en la mesita que tiene delante.) Puede que esté aquí, sobre esta misma mesa. ¿Por qué no?

LUISA.—(Espantada.) Aquí no hay nada, señor.

JUAN.—Puede que esté aquí..., solo que en otro tiempo... (Se levanta. Va hacia la ventana. LUISA lo ve andar con miedo. Se aproxima a JUAN, que se ha quedado mirando fijamente el vacío a través de la ventana. Dice, asustada:)

LUISA.—Tengo miedo, señor. ¡No se quede así! ¡Por Dios..., no se quede así!

JUAN.—(*Mira extraviadamente hacia la zona del cielo que se ve a través de la ventana.*) Te lo has llevado, Laura..., no sé adónde. Yo deseo que te proteja en tu largo viaje... o en tu infinito reposo... ¿Lo guardarás? Ese pequeño encendedor... ¡Guárdalo, Laura! ¡No lo pierdas! Quisiera volver a verlo... algún día... (*Muestra el cigarrillo al espacio.*) Guardaré este cigarrillo, Laura..., hasta la consumación de los siglos... Entonces... te esperaré en una esquina y tú..., tú me encenderás este cigarrillo, ¿verdad? (*JUAN siente en su espalda la mirada fija de LUISA, que está inmovilizada por el espanto. Se vuelve. La ve y vuelve lentamente a la realidad de la casa.*) La he asustado, Luisa. Perdoneme.

LUISA.—(*Que casi está temblando.*) Me ha parecido que le ocurría algo.

JUAN.—No es nada. Ande, váyase a dormir.

LUISA.—(*Sin moverse.*) Es que... se me olvidaba decirle algo. Esta cabeza mía... Discúlpeme.

JUAN.—¿Qué ocurre?

LUISA.—Han llegado dos taxis... hace un momento. He pasado a los conductores a la cocina. ¡Con este frío...!

JUAN.—¿Dos taxis?

LUISA.—Dicen que los han pedido por teléfono desde aquí. ¿Qué hago, señor?

JUAN.—(*Pensativo.*) De modo que han llegado.

LUISA.—Sí, señor. Por cierto que... los taxistas deben de estar borrachos, porque... ¿Qué dirá usted que ha pasado? Han visto el calendario de la cocina y se han echado a reír.

JUAN.—¿A reír? ¿Por qué?

LUISA.—Porque... (no se lo va a creer usted, señor) por que dicen que está equivocado. Yo les he enseñado el periódico, y entonces, ¡de verdad!, se han asustado. El más viejo se ha puesto pálido, y el otro no podía ni hablar.

JUAN.—Claro...

LUISA.—Estarán borrachos. Si no, no se explica... Dicen que cuando salieron del garaje era la Nochevieja de mil novecientos cincuenta y cuatro..., la del año pasado, señor... La estaban celebrando allí cuando han recibido la llamada.

JUAN.—Es natural... Bien; les paga lo que pidan... y despidalos, Luisa. Ya no hacen falta. No piense más en ellos... Es posible que cuando vuelvan a entrar en el garaje sea otra vez esa noche que ellos celebraban..., que encuentren allí a sus amigos... ¡Dios lo quiera! Entonces, todo esto, la casa, ese periódico que usted acaba de señalarles, el calendario, usted misma..., todo esto les parecerá irreal... “¡Ah!, es el alcohol”, dirán para tranquilizarse... Y se reirán de ello con sus amigos en la salita del garaje, en esa salita que quizá “esta noche nuestra” esté vacía... Y ya no creerán en usted, Luisa; en ese pelo blanco que, sin embargo, han visto; en esos ojos un poco tristes que ahora me miran con sueño... (*Un silencio.*) Sí, en cierto modo resulta extraño pensar que esos hombres... ¡Seguirán celebrando su Nochevieja!... (*Coge el libro bajo la mirada compasiva de LUISA, que mueve tristemente la cabeza. JUAN se da cuenta ahora de que tiene aún en la mano el cigarrillo. Lo mira. Le da una vuelta entre sus dedos. Levanta la cabeza y ve que LUISA lo observa, extrañada y curiosa. Sonríe amistosamente, tranquilizadora-mente.*) Feliz año, Luisa.

LUISA.—Feliz año, señor. (*Mientras JUAN sube la escalera, volvemos a oír—es él quien la oye—la vieja melodía...*) LUISA sigue, girando la cabeza, la ascensión de JUAN... Va cayendo el telón.)

FIN DE
“EL CUERVO”